

# LIRICA DE PAISAJES

por **Edmundo COSTILLO MARIN**



OS valles se ensombrecen pronto, apenas declina la tarde, en tanto arriba, los picachos que los circundan, van encendiéndose en bengalitas fosforescentes, pues el sol, a medida que lentamente se hunde en el horizonte, dirige sus postreros rayos hacia ellos jugando a decorarlos en cromatismos sorprendentes, mágicamente espectaculares.

Irradian los rojos fuertes debilitándose en naranjas suaves que a poco devienen en amarillos oro, y éstos, perdiendo cualidad, se hacen grises evanescentes. Cuando ya el sol se abisma en el horizonte, en él quedan por breve tiempo como alarde final de su potencia, ráfagas violetas que se alumbran pronto, cada momento en más densas sombras porque las de la noche a todo llega y cobija. A poco, en las nocturnidades serenas, el paño negro del cielo es asaeteado con flechas parpadeantes de luz, coherería infinita de estrellas que hacen guiños y a veces repentinas correrías, mundos ignotos con mecanismo astronómico de vida que no podemos intuir más que por el asombro pues el misterio queda en los infinitos de sus distancias.

En las auroras todo el encanto lumínico vuelve devanando en orden inverso los motivos y colores que escenificó la anterior atardecida. Son primero los inciertos violetas rompiendo sombras y tules de muselinas, después los grises dulces, siguen los naranjas brillantes, los carmesíes bravíos y los amarillos oro se vierten sobre los valles nimbándolos de luz y alegría, pues el sol ya se alza como dorada hostia sagrada y el esplendor de la vida, musicada con cantos de pájaros, ruidos de afanes, vuelve a manifestarse. Nada tan maravilloso y mágico como contemplar, y en consecuencia admirar, a la Naturaleza en sus imponderables expresiones. Mas para ese goce hay que mirar con el alma, pues sólo en ella están los ojos capaces de captar y comprender las sublimes grandezas y bellezas que aún repetidas en la sucesiva cronología del tiem-

po, por carecer de plasticidad que las materialice, son siempre distintas y fugaces.

Me he dado a considerar el comportamiento de la gran flor del girasol, siempre encarada al astro rey al que en mucho se parece. ¿Será por enamoramiento o porque su morfología precisa no perder un instante, por ser fundamental a su desarrollo, la luz y calor que de él recibe? Es bien sabido que esta flor, almacén de su fruto, durante la noche dobla arriba el alto tallo que la sostiene y se inclina hacia la tierra porque la oscuridad le produce sueño. Mas apenas la aurora se hace sinfonía de colores, da nuevas fuerzas a su tallo, y gallardamente erguida, dirige el sol de su flor hacia donde el astro sol hace su salida. Y le sigue contemplando siempre de frente en toda la trayectoria visible de su ciclo sideral. A ello se debe sin duda que a esta gran flor y fruto se la denomine girasol.

Compramos a un vendedor una varita de nardos, y separándolos de su tallo, haciendo cáliz de nuestras manos llevamos estas florecitas blancas, carnosas. Seguimos breve camino embriagándonos de su intenso perfume. Para mejor gozarlo hacemos estadía en un altozano. Atardecía lenta, suavemente. La luna, muy madrugadora empezaba a diseñar su cara blanca de payaso. Mirándola y sintiendo a la vez el aroma caliente de los nardos, me daba a pensar si los inciertos claros de la luna colmaba el ambiente del mismo color, e intentaba matizar con lo aún aleve de su luz las sierras lejanas, la alcazaba inmediata vieja y desportillada, leyenda en ruinas, los almendros de diminutas flores blancas o moradas, los austeros olivos, los espesos maizales y el pueblo cuidadosamente encalado brillante como almidón pulido. La soledad era un infinito que engañosamente, por un momento, nos hacía creer que éramos cosa importante en él. Superficial pretensión que mustiaba la razón, al mismo tiempo que los nardos, por el calor de las manos, tomaban color de cera virgen. Se acercaba a pasar una esbelta y linda muchachita entonada en adolescente. Me adelanté hacia ella; sólo en gesto la invité a que hiciese doble cuenco con sus manos, como estaban las mías. No supe ni fue preciso decir palabra. Volqué en las suyas todo mi tesoro de nardos, arras de viejo en homenaje a la juventud gentil y bonita. Los recibió y llevó a su cara como si quisiera lavarse con ellos. El perfume intensamente gozado la impulsó a mostrarme su encanto y agradecimiento poniendo un beso quedo en mi mejilla. Y se se fue como una aparición soñada o mariposa, volando. Y al mismo tiempo que en la tarde se adensó el crepúsculo, yo quedé con mi habitual tristeza.